

cañon, y entonces bajando los bergantines el canal, uno despues de otro, llegaron al lago; y luego que surcaron su ancha superficie, al sonido de una música marcial, y flameando orgullosamente en sus mástiles el pendon de Castilla, prorrumpió la inmensa multitud en un grito de admiracion, que se confundia con el estrépito de la artillería y de la fusilería de los mismos buques y de la ribera (9). Era aquel un espectáculo enteramente nuevo para los sencillos indios, que miraban con asombro los bien contruidos buques, bogando cual aves marinas sobre sus alas blancas como la nieve, y deslizándose suavemente por las aguas, como si se gozasen en su elemento. Conmovióse tambien hasta el extremo el rudo corazon de los conquistadores, en términos, que creyendo que el cielo protegía su empresa, entonaron á una voz el sublime himno del *Te-Deum*; pero para ninguno era mas interesante aquella escena que para el general, porque en cierta manera la miraba como la obra de sus manos, y latía su corazon de orgullo al verse ya dueño de los medios necesarios para enseñorearse del lago, y abatir las altivas torres de Tenochtitlan (10).

Despues de esto, revistó Cortés su ejército en la plaza mayor de Tezcuco, y encontró que se componía de ochenta y siete caballos, y ochocientos diez y ocho infantes, de los cuales, ciento diez y ocho eran arcabuceros y ballesteros. Tenía tres cañones de hierro de grueso calibre, y quince falconetes de bronce (11), traídos los primeros poco tiempo antes de Veracruz por los fieles tlascaltecas. Estaba bien provisto de balas y municiones, y contaba con cerca de mil libras de pólvora y cincuenta mil flechas con puntas de cobre, hechas por los nativos (12) con arreglo á la muestra que se les habia dado; de manera que así el número como el equipo del ejército, excedía con mucho á lo que habia tenido desde la salida de Méjico, y probada la utilidad de los últimos refuerzos llegados de las islas. Ciertamente, tomando en consideracion la flota, nunca se habia visto Cortés en mejor estado para continuar sus operaciones. Designáronse trescientos hombres para tripular los buques que eran trece, ó mas bien doce, pues uno

(9) "Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro, y apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército, así de castellanos como de indios." Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 6.

(10) Ibid, ubi supra.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 234.—Ixtlixochitl, Venida de los esp., p. 19.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 48.

El último historiador encomia sobremanera la proeza de su héroe, que en su opinion, ofusca las famosas hazañas del gran Sesostris. "Otras muchas é notables cosas cuenta este actor que he dicho de aqueste rey Sesorí, en que no me quiero detener, ni las tengo en tanto como esta tranchea, ó zanja que es dicho, y los bergantines de que tratamos; los cuales dieron ocasion á que se oviesen mayores tesoros é provincias, é reinos, que no tuvo Sesorí, para la corona real de Castilla por la industria de Hernando Cortés." Ibid., lib. 33, cap. 22.

(11) Rel. terc., de Cortés, en Lorenzana, p. 234.

(12) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 147.

de los mas pequeños resultó pesado para el servicio. La mitad de la tripulacion se destinó á manejar las naves, encontrándose dificultad en que hubiera quienes las sirviesen, porque todos los soldados rehusaban hacerlo: pero Cortés eligió á los nativos de Palos, Moguer y otras ciudades marítimas, y no obstante que frecuentemente alegaban su calidad de hidalgos, que los eximia de aquellos trabajos mecánicos, los obligó á prestarlos (13). Cada buque montaba una pieza de artillería, y estaba á las órdenes de un oficial respetable, á quien Cortés dió una ordenanza general para el gobierno de la pequeña armada que él se proponía mandar en persona.

Ya habia avisado á los aliados su resolucion de sitiar inmediatamente á Méjico, y les pidió le enviaran los auxilios que le habian prometido dentro de diez dias á mas tardar. Previno á los tlascaltecas se le unieran en Tezcuco, y á los otros aliados en Chalco, punto que le pareció mas conveniente para comenzar sus operaciones en la parte meridional del valle. Los tlascaltecas acaudillados por el jóven Xicotencatl, y auxiliados por Chichemecatl, el bravo guerrero que habia escoltado los bergantines hasta Tezcuco, llegaron en el tiempo prefijado (14). Eran cincuenta mil, segun Cortés, y presentaban una brillante vista por su aparato marcial, marchando orgullosamente bajo el gran estandarte nacional, en que lucía una águila con las alas extendidas, que era el escudo de armas de la república (15). Con el paso firme y resuelto del soldado que se dirige al campo de batalla, desfilaron por las puertas de la capital, haciendo resonar sus muros con los gritos de "Castilla y Tlascala."

Las observaciones que habia hecho Cortés en su último reconocimiento de la ciudad, le obligaron á resolverse á comenzar el sitio, distribuyendo sus fuerzas en tres campamentos separados, que colocó en las extremidades de las cal-

(13) Ibid., ubi supra.

La hidalguía, ademas de los privilegios legales, daba al poseedor otros puramente imaginarios; tal por ejemplo, el de estar exento de los trabajos humildes, aunque honestos, que podian proporcionar subsistencia á un hombre pobre. (Véase una divertida noticia sobre esto, en Doblado, carta sobre España, carta 2^a.) En ningun pais ofrece el caballero pobre un blanco mas amplio á la sátira, como lo prueban las de Le Sage, Cervantes y Lope de Vega.

(14) "Y los capitanes de Tlascaltecal con toda su gente, muy lucida y bien armada.... y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra." (Rel. terc. de Cortés en Lorenzana, p. 236.) "Y toda la gente," dice Herrera, "tardó tres dias en entrar, segun en sus Memoriales dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tezcuco tan gran ciudad, cabian en ella." Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 13.

(15) "Y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila, con sus alas tendidas." (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 149.) Segun Clavijero, las armas de la república eran una águila de oro con alas estendidas; pero como Bernal Diaz habla de águila blanca, tal vez puede haber sido la garza blanca que era el distintivo de la casa de Xicotencatl.

zadas principales. Divididas así sus tropas, podía obrar de concierto sobre la capital, y conseguir la posición mejor para interceptar los recursos que la enviaran los lugares vecinos. El primero de esos puntos era Tacuba, que dominaba la fatal calzada de la noche triste. Confiólo á Pedro de Alvarado, á cuyas órdenes puso, según él mismo dice, treinta caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles, y veinticinco mil tlascaltecas. Cristóbal de Olid obtuvo el mando de la segunda división, compuesta del mismo número de hombres, y que debía situarse en Coyoacan, ciudad que como recordará el lector, dominaba la pequeña calzada que se unía con la de Iztapalapan. Gonzalo de Sandoval se encargó de la tercera, igual en número á las dos anteriores, con la diferencia de que los tropas auxiliares eran de las reclutadas en Chalco. Esta división debía marchar sobre Iztapalapan, y completar la destrucción de la ciudad comenzada por Cortés poco después de que entró al valle. Tal paso era indispensable, pues Iztapalapan era una plaza demasiado formidable para dejarla á retaguardia del ejército. Se proponía el general coadyuvar al ataque con los bergantines, y que las operaciones ulteriores de Sandoval fueran las que exigieran las circunstancias (16).

Después de comunicar sus disposiciones á los principales capitanes, reunió sus tropas y dirigióles una de aquellas breves y entusiastas proclamas de que usaba en casos comprometidos, para inflamar el pecho de sus soldados. "He dado," díjoles, "el último paso; os he traído al punto que tanto anhelabais. Dentro de pocos días os hallaréis á las puertas de Méjico; de esa capital de donde fuisteis arrojados tan ignominiosamente. Ahora nos acompañan las bendiciones del cielo. ¿Quién puede dudarle? Comparad nuestra situación presente con la que guardábamos hace un año, cuando abatidos y derrotados buscábamos un asilo en los muros de Tlascalca; con la de hace pocos meses cuando sentamos nuestro campo en Tezcucó (17). Desde entonces casi se han doblado nuestras fuerzas. Peleamos por la fe, por nuestro honor, por conseguir riquezas y obtener venganza. Os he puesto frente á frente del enemigo; vos otros haréis lo demás" (18). La arenga del denodado general fué contestada con

(16) La fuerza de cada división, según el mismo Cortés, era la siguiente. La de Alvarado, 30 caballos, 168 infantes castellanos y 25.000 tlascaltecas. La de Olid, 33 caballos, 178 infantes y 20.000 tlascaltecas. La de Sandoval, 24 caballos, 167 infantes y 30.000 indios. (Rel. terc. en Lorenzana, p. 236.) Díaz reduce á la tercera parte el número de las tropas aliadas. Hist. de la conquista, cap. 150.

(17) "Que se alegrassen, y esforzassen mucho, pues que veían que nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos: porque bien sabían, que cuando habíamos entrado en Tesaico, no habíamos traído mas que cuarenta de caballo, y que Dios nos había socorrido mejor que lo habíamos pensado." Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 235.

(18) Oviedo amplifica lo que él llama "breve y sustancial oración de Cortés," hasta hacerla tres veces mas larga que su original; en lo que lo han imitado la mayor parte de los historiadores. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.

estrepitosas aclamaciones de los soldados, protestando que cada uno de ellos cumpliría exactamente con sus deberes, peleando á las órdenes de semejante jefe, y pidieron ser conducidos al combate (19). Entonces mandó Cortés se volvieran á leer las ordenanzas publicadas en Tlascalca, asegurando que las haría cumplir á la letra.

Determinóse que los indios se adelantaran á los españoles un día, y los esperaran en los confines del territorio tezcucano, mas poco después de su partida sobrevino una circunstancia que pareció ser de mal agüero para lo futuro. Suscitada en Tezcucó una riña entre un soldado español y un jefe tlascalteca, en la que quedó este gravemente herido, se le envió á Tlascalca, y se ocultó el hecho de manera que no llegase á oídos del general, quien se sabía que no podía considerarlo como de poca importancia. Xicotencatl era pariente muy cercano del herido, y el primer día que hicieron alto, aprovechó esta oportunidad para separarse del ejército con parte de sus soldados y volverse á Tlascalca, aunque algunos atribuyen su deserción á otros motivos (20). Ciertamente desde el principio había visto de mal ojo la expedición y predicho que ningún bien produciría, tomando parte en ella con repugnancia, porque odiaba de corazón á los españoles. Su compañero en el mando, inmediatamente dió aviso á Cortés, que aún permanecía en Tezcucó, y conociendo estas consecuencias que en aquellas circunstancias podría traer tal deserción, mandó una partida de tlascaltecas y tezcucanos en persecución del fugitivo, ordenándoles que hicieran lo posible para persuadirle á volver á sus deberes. Alcanzaronle en el camino, y reprendieronle su conducta, que contrastaba con la que en general habían observado sus compatriotas, y muy en particular su padre el amigo íntimo de los españoles. "Tanto peor," contestó el jefe indio, "si hubieran seguido mis consejos, no habrían sido la burla de los pérfidos extranjeros" (21). Viendo los enviados que sus exhortaciones solo eran recibidas con desprecio, regresaron sin cumplir su misión.

(19) "Y con estas últimas palabras cesó; y todos respondieron sin discrepancia, é á una voz dicentes: Sirvase Dios y el Emperador nuestro Señor de tan buen capitán, y de nosotros que así lo haremos todos como quien somos, y como se debe esperar de buenos españoles, y con tanta voluntad y deseo; dicho que parecía que cada hora les era perder un año de tiempo por estar ya á las manos con los enemigos." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(20) Según Díaz, el deseo de apoderarse de los bienes de su compañero Chichimecatl que quedó con el ejército: (Hist. de la conquista, cap. 150;) según Herrera unos amores lo llevaron á su patria. (Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17.) Pero así estos dos escritores como los demás, convienen en la aversión que tenía á los españoles y á aquella guerra.

(21) "Y la respuesta que le embió á decir fué, que si el viejo de su padre, y Masse Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere: y por no gastar mas palabras, dijo, que no quería venir." Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 150.

No vaciló Cortés en la conducta que debía observar. "Xicotencatl," dijo, "ha sido siempre contrario á los españoles, primero en el campo y despues en el senado. Pública ó secretamente ha sido siempre nuestro mas implacable enemigo. No hay, pues, que gastar muchas palabras con este indio traidor." Inmediatamente despachó una pequeña partida de caballería y un alguacil con orden de arrestarle donde quiera que lo encontrasen, aun cuando fuera en las mismas calles de Tlascala, y conducirlo á Tezeuco. Al mismo tiempo informó al senado tlascalteca de la conducta de Xicotencatl, añadiéndole que entre los españoles la desercion se castigaba con pena de muerte.

Los enviados de Cortés cumplieron puntualmente sus órdenes. Arrestaron al gefe fugitivo, ignórase si en Tlascala ó en sus alrededores, y le condujeron prisionero á Tezeuco, en cuya plaza principal estaba preparada una elevada horca para recibirle. Llevósele al momento al lugar de la ejecucion: leyóse públicamente el proceso y la sentencia, y el desventurado gefe expió su falta en el vil suplicio del malhechor, confiscándole sus cuantiosos bienes, que consistian en tierras, esclavos y algun oro (22).

Así pereció en la flor de su edad el guerrero mas intrépido que habia conducido al combate á los ejércitos indios. Fué el primer gefe que resistió con buen suceso á las armas de los invasores; y si todos los habitantes del Anáhuac hubieran estado animados del mismo espíritu, probablemente jamas habria pisado Cortés la capital de Montezuma. Tenia mas prevision que sus compatriotas, pues conoció que el europeo era enemigo mucho mas temible que el azteca. No obstante esto, despues de haber consentido en pelear bajo las banderas de los españoles, no tenia derecho para desertarse, é incurrió en la pena con que tanto las naciones salvajes como las civilizadas castigan este delito. Dícese que el senado tlascalteca cooperó á su aprehension y que habia contestado previamente á Cortés, que tambien sus leyes castigaban la desercion con la muerte (23). Pero ejecutarle en medio de los suyos, fué un acto atrevido, pues era un gefe distinguido, heredero de uno de los cuatro señoríos de la república, y sus cualida-

(22) Así lo dice Herrera, que tuvo á la vista el memorial de Ojeda, uno de los que ejecutaron la prision del caudillo indio. (Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17, y Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 90.) Bernal Diaz dice que el gefe tlascalteca fué preso y ejecutado en el camino, (Hist. de la conquista, cap. 150,) aunque este historiador probablemente estaba entonces ausente con la division de Alvarado en que servia. Sin embargo, Solís prefiere su testimonio, fundándose en que no se habia de haber atrevido Cortés á ejecutarle en presencia de su ejército. (Conquista, lib. 5, cap. 19.) Pero ya los tlascaltecas estaban en camino para Tacuba, solo quedaban unos pocos en Tezeuco, que estaba ocupada por los habitantes de esta ciudad y por los españoles, y ni estos ni aquellos habian de hacer nada en favor de Xicotencatl. Así pues, su suplicio en este último punto, seria mas fácil que en el territorio de Tlascala, adonde probablemente llegó antes de que lo prendieran.

(23) Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 90.

des caballescascas le habian ganado popularidad, especialmente entre los jóvenes, quienes despues de su muerte hicieron tiras sus vestidos y se los repartieron como reliquias. Sin embargo, ninguna resistencia opusieron á la ejecucion de la sentencia, ni hubo amago alguno de conmocion. El fué el único tlascalteca que faltó á la fidelidad prometida á los españoles.

Segun el plan de operaciones trazado por Cortés, Sandoval y su division debian marchar por la parte meridional de las lagunas, mientras que Alvarado y Olid seguian la septentrional. Estos dos capitanes, despues de tomar á Tacuba, habian de avanzar hasta Chapultepec, y destruir el gran acueducto que abastecia á Méjico de agua. El 10 de Mayo emprendieron su marcha; pero en Acolman, donde descansaron la primera noche, se trabó una disputa entre los soldados de las dos divisiones, sobre el cuartel que cada una de ellas debia ocupar. De las palabras pasaron á los hechos, y aun los mismos gefes se desafiaron tomando parte en las disputas de sus soldados (24). Pronto tuvo noticia Cortés de este suceso, y se dirigió inmediatamente á los irritados gefes, rogándoles que en obsequio suyo y de la causa comun prescindieran de desavenencias, cuyo resultado seria su ruina y la de la expedicion. Consiguió con estas razones reconciliar, por lo menos al parecer, á los gefes; pero Olid no era hombre que perdonaba fácilmente, y Alvarado aunque franco y generoso, tenia un carácter poco sufrido, y mas dispuesto á irritarse que á prudenciar. Desde entonces jamas volvieron á ser amigos (25).

Ningun obstáculo encontraron los españoles en su marcha, porque todas las ciudades principales habian sido abandonadas por sus habitantes, que, ó habian ido á reforzar la guarnicion de México, ó á refugiarse en las montañas. Tambien Tacuba habia quedado desierta, y las tropas volvieron á situarse en los mismos cuarteles que habian ocupado en la capital de los tepanecas (26).

Lo primero que hicieron fué cortar los tubos que conducian el agua de los veneros de Chapultepec á los numerosos estanques y fuentes que adornaban los patios, las calles y las plazas de la capital. El acueducto construido en parte de

(24) "Y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra capitania contra los de Christóbal de Oli, y aun los capitanes desafiados." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 150.

(25) Ibid., loc. cit.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 237.—Gomara, Crónica, cap. 130.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.

(26) La capital tepaneca, decaida de su antiguo esplendor, solo es hoy interesante por sus recuerdos históricos. "Estas llanuras de Tacuba," dice la ingeniosa autora de la vida en Méjico, la señora Calderon de la Barca, "que en un tiempo fueron el teatro de crudas y sangrientas batallas, y donde durante el sitio de Méjico fijó su campo Alvarado el del Salto, presentan hoy un espectáculo muy tranquilo. Tacuba mismo, es ahora una pequeña aldea de chozas de adobe, con algunos hermosos y antiguos árboles, unas cuantas casas viejas arruinadas, una iglesia deteriorada y algunos restos de un edificio, que unos aseguran haber sido el palacio del último monarca, y otros el sitio donde acamparon los españoles." Vol. I. let. 13.

ladrillo, y en parte de piedra y mezcla, pasaba sobre un fuerte, aunque estrecho dique, que atravesaba uno de los brazos de la laguna, y todo él era uno de los mas bellos monumentos de la civilizacion mejicana. Los indios, persuadidos de su importancia, habian colocado numerosas tropas que lo defendiesen. Tratóse, pues, una batalla en que ambos ejércitos sufrieron considerables pérdidas, quedando la victoria por los españoles: destruyóse parte del acueducto; y durante el sitio, no volvió á entrar agua por aquel punto.

El dia siguiente, reunidas las fuerzas combinadas bajaron á la fatal calzada, con objeto de apoderarse del puente inmediato. Encontráronlo ocupado por innumerables guerreros, tantos como la noche del funesto desastre, y el lago cubierto de multitud de canoas. Los intrépidos cristianos intentaron avanzar por entre una verdadera tempestad de flechas y otras armas arrojadas que les dirigian, así de la laguna como de la calzada; pero poco pudieron adelantar. Algunos atrinchamientos levantados en diversos puntos de la calzada, embarazaban los movimientos de la caballería y la hacian casi inútil. Los costados de las canoas estaban guarecidos de parapetos que defendian á los que iban en ellas de los arcabuces y ballestas, y cuando los que peleaban en la calzada se veían muy urgidos por las picas de los españoles, se arrojaban al agua como si fuera su elemento, y volviendo á aparecer en otro punto de la calzada, disparaban sus flechas y dardos con certera direccion. Despues de una larga y obstinada refriega, tuvieron los cristianos que retirarse, sufriendo una pérdida, inclusa la de los aliados, igual á la de los enemigos. Disgustado Olid del éxito del encuentro, culpó á su compañero de haberle comprometido por su imprudente temeridad, y la mañana siguiente se retiró con sus tropas á sus cuarteles de Coyohuacan.

Los campamentos distaban uno de otro solo dos leguas, y se comunicaban fácilmente. Bastante ocupacion encontraron los españoles en recorrer los campos inmediatos buscando provisiones, y en repeler las salidas del enemigo, de quien se vengaban privándole de víveres; pero su posicion era precaria, y aguardaban con impaciencia que llegara Cortés con los bergantines. A fines de mayo acampó Olid en Coyohuacan, y desde entonces data el principio del sitio de Méjico (27).

(27) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 237-239.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 94.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 22.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 50.—Gomara, Crónica, cap. 130.

Clavijero fija esta fecha en el dia de Corpus, 30 de Mayo; (Stor. del Messico, tom. III, p. 196;) pero segun Cortés, salieron los españoles de Tezcuco el 10 de Mayo, y no podian haber corrido tres semanas entre su partida y la ocupacion de Coyohuacan. Es verdad que Clavijero salva esta dificultad, datando la salida el dia 28 en lugar del 10 de Mayo, siguiendo la cronología de Herrera, y no la de Cortés; pero ciertamente el general es mejor autoridad que aquel.

CAPITULO V.

DERROTA DE LA FLOTILLA INDIA.—OCUPACION DE LAS CALZADAS.—FUEROSOS ATAQUES.—INCENDIO DE LOS PALACIOS.—VALOR DE LOS SITIADOS.—CUARTELES PARA LAS TROPAS.

1521.

No bien supo Cortés que sus dos oficiales se habian colocado en sus respectivos puestos, cuando mandó á Sandoval que marchase sobre Iztapalapan. Hizo éste su travesía por un país casi todo amigo, y en Chalco se reforzó su pequeño ejército, con el gran número de aliados que le esperaban allí. Continuó, pues, su marcha sin encontrar obstáculo alguno, hasta que descubrió la ciudad enemiga, bajo cuyas murallas encontró un fuerte ejército dispuesto á recibirle. Dióse una sangrienta batalla, en la que los indios, despues de defenderse valerosamente por algun tiempo, se vieron obligados á huir y á refugiarse en el lago, ó en la parte de la ciudad que estaba situada sobre él; la otra fué prontamente ocupada por los españoles.

Entre tanto, se habia hecho á la vela Cortés con la flotilla, con el objeto de apoyar el ataque de su teniente. Al cruzar cerca de la ribera meridional del lago, pasó bajo la sombra de un pico aislado llamado despues "el Peñon del Marqués," ocupado por un cuerpo de indios, que al pasar la flotilla, la saludaron con repetidas descargas de piedras y flechas. Queriendo Cortés castigar su audacia y limpiar el lago de tan molesto enemigo, desembarcó con ciento cincuenta hombres, se puso á su cabeza, emprendió la difícil subida, no obstante la lluvia de proyectiles que le arrojaban, y llegando á la cima pasó á cuchillo á la guarnicion. Allí encontró tambien muchas mujeres y niños á quienes perdonó la vida (1).

En la punta de la roca ardia una hoguera, que sirvió para advertir á los habitantes de la capital, del momento en que levó sus anclas la flota española. Antes de que Cortés hubiera vuelto á su bergantín, las canoas y piraguas del enemigo habian dejado los surgideros de Méjico, y cubrian una gran parte del lago. Veíanse algunos centenares de ellas, todas cargadas de guerreros, y que á remo surcaban rápidamente la tranquila superficie de las aguas (2).

(1) Fué una hermosa victoria, dice el conquistador. "E entrámoslos de tal manera, que ninguno de ellos se nos escapó, excepto las mugeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles, pero fué muy hermosa victoria." Rel. terc. en Lorenzana, p. 241.

(2) Cerca de quinientas canoas, segun el cómputo del general (Ibid. loc. cit.); pero segun Bernal Diaz, eran mas de cuatro mil (Hist. de la conquista, cap. 150); aunque es de advertir, que este no se halló presente.